

Alejandro Rossi

A treinta años de *Manual del distraído*

Adolfo Castañón

Porque Rossi es ante todo un ojo implacable y una memoria castigadora: no se le pasa una. No se le pasa el mismo. Con eso está dicho todo.

JUAN NUÑO, “Prólogo”
al *Manual del distraído*
(1987)

I

—¿La primera vez que vi a Alejandro Rossi?
— En la fotografía de la contraportada que acompañaba su libro filosófico *Lenguaje y significado* (1969) —publicado por la editorial Siglo XXI en colores blanco y azul.

Un hombre sentado haciendo ademanes dirigidos al libro que está leyendo, como si estuviese discutiendo vivamente con alguna persona y no tanto examinando un arduo texto. Esa imagen mayéutica se quedó grabada en una galería íntima e invisible donde la figura de Rossi convivía con las de S. Kierkegaard y J.-P. Sartre. Esa fotografía mostraba un lector poco común, un lector en movimiento, capaz de reaccionar con el cuerpo a la presencia o a la sombra de una idea, dejándose llevar por las aguas de una conversación casual. Y eso es ante todo el poderoso *Manual*, un libro de conversaciones.

No es fácil decir que se ha leído y comprendido un libro tan riguroso y obstinado como *Lenguaje y significado* donde se discuten algunas ideas y puntos de vista del movimiento filosófico llamado positivismo lógico que Alejandro Rossi ayudó a propagar en México e Hispanoamérica, junto con Fernando Salmerón y Luis Villoro —discípulos todos de José Gaos—, con la fundación de la revista filosófica *Crítica* (1967) editada por el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM.¹

¹ Gustavo Guerrero, el escritor venezolano radicado en París, al saludar recientemente estos treinta años

Años más tarde (1975), lo conocí en las oficinas de la revista *Plural*, en Reforma, dirigida por Octavio Paz y en la amable compañía de Kazuya Sakai, Danubio Torres Fierro, Ana María Cama Villafraña y de Sonia Levi-Spira. No sólo lo conocí personalmente, lo leí y me atreví a incluirlo en un arbitrario panorama de la narrativa mexicana publicado en 1976, en el suplemento “La cultura en México”, dirigido por Carlos Monsiváis,² dos años antes de que fuese editado el libro por Joaquín Mortiz, hace exactos treinta años (ahora faltan cuatro para que el *Manual* cumpla tantos como apuntes contiene).

de la primera edición del *Manual del distraído* precisaba: “... recordemos que el *Manual del distraído* no es la obra de un distraído sino del autor de *Lenguaje y significado* (1969), una de las figuras más destacadas del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM y uno de los pensadores que, allá por los años sesenta, introdujo la enseñanza de la filosofía analítica en América Latina. *Ramavis*, Alejandro Rossi se identifica con una tradición intelectual muy distinta a la de la mayoría de sus colegas universitarios, pero a la que no le resultan menos ajenos los supuestos que fundan la práctica literaria de muchos de sus amigos escritores. Cuando empieza a componer el *Manual del distraído* y se muda con armas y bagajes al mundo de las letras, Rossi no sólo trae consigo sus inclinaciones personales sino también la estética que le dicta su filosofía: a saber, una estética que ha dejado atrás la metafísica y los altos vuelos del idealismo alemán”. “Treinta años del *Manual del distraído*” por Gustavo Guerrero en la revista *Letras Libres*, septiembre 2008, año X, número 117, p. 88. También incluye colaboraciones de Jaime Moreno Villarreal y de Humberto Beck.

² *Y tus hombres Babel se enmenaron de incompreensión. La narrativa mexicana de los sesenta.* “La cultura en México”, número 743, 4 de mayo de 1976 p. II-X de *Siempre!* número 1192, 28 de abril de 1976, recogido en *La crítica de la novela mexicana contemporánea*, presentación, prólogo, selección y bibliografía de Aurora M. Ocampo, p. 276-278. Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filosóficas, Dirección General de Publicaciones de la UNAM, México, 1980, p. 76-78.

II

... La diferencia entre la escritura humana y la divina consiste en que el número de signos de la primera es limitado mientras que el de la segunda es infinito; por eso el universo es un texto insensato y que ni siquiera para los dioses es legible la crítica del universo (y la de los dioses) se llama gramática.

OCTAVIO PAZ
El mono gramático

Las puertas se abrieron. Me sorprendía de este libro de apuntes, viñetas, ensayos, cuentos, “confesiones rápidas” y relatos mínimos y minimalistas, su capacidad casi inverosímil para encarnizarse en las minucias y en los detalles, sin perder de vista un horizonte o ambiente general. Descubría yo en sus páginas vigorosamente armadas por la astucia una guía meteorológica no tanto o no sólo para escribir el mundo —como ahora me doy cuenta— sino para leerlo y re-leerlo desentrañando la implícita “teoría de la acción” patente en cada caso y episodio. Una y otra vez ensayé interrogar el misterio literario de este libro incomparable (es decir poético, crítico y filosófico) que desde su primera edición y a lo largo de sus sucesivas estampas en México, Caracas, Barcelona —para sólo hablar de algunas de las ediciones en español—³ ha sido recibido como una suerte de bálsamo capaz de aliviar los malestares de la cultura moderna o inducir como ungüento intelectual un alivio. El caudal de

³ Alejandro Rossi, *Manual del distraído*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1978. También fue editado por Monte Ávila Editores, Venezuela, prólogo de Juan Nuño, 1987; Círculo de Lectores, Barcelona, España, prologado por Octavio Paz, en 1997; Editorial Anagrama, Barcelona, primera edición 1980, segunda edición, 1997, con textos a modo de prólogo de Julieta Campos, Adolfo Castañón, Carlos Monsiváis, Octavio Paz y Juan Villoro.

saludos entusiastas se refleja, así sea parcialmente, en las dos compilaciones críticas que se le han tributado, la mexicana, editada por la UNAM y El Equilibrista, y la venezolana editada por Monte Ávila en Caracas cuyos sesenta selectos nombres señalan la amplitud generacional, cosmopolita y bibliopolita, de su resonancia:

L.M. Aguilar, J. Alfaya, L. Aponte de Zacklin, R. Arraiz Lucca, A. Asiain, J. Balza, J. Bianco, C. Boullosa, F. Bradu, M. de Bretton Platts Daley, V. Camps, J. Campos, A. Castañón, R. Castillo Zapata, L.A. Crespo, L. Chitarrone, A. Del Toro, S. Elizondo, A. Espinosa, A. García de la Serna, J. González, H. Lara Zavala, F. León González, L.I. Helguera, A. Herrera Ibáñez, E. Krauze, H. Libertella, J.A. Lugo, C. Monsiváis, E. Montejo, M.A. Montes de Oca, R-H Moreno Durán, A. Mutis, E. Nathan Bravo, J. Nuño, V. Flores Olea, L. Olivé, J. Ortega, O. Paz, M. Platts, C. Pereda, F. Pérez Correa, A. Pombo, J.J. Reyes, J.A. Robles, S. Saab, A. Saborit, F. Salmerón, A. Sánchez Vázquez, L. Suñén, D. Torres Ferro, E. Uragá, M. Valdés Villarreal, M.M. Valdés, J. Villoro, L. Villoro, R. Xirau.⁴

III

El misterio de esta obra singular persiste como una suerte de insomnio catártico que obliga al lector a teatralizar o a fantasear en su íntima palestra algunas de las escenas contadas por este libro que en cierto modo configura una época en sí mismo porque encierra entre sus páginas —por algo se llama manual—, además de los nudos invisibles que inspiran cada uno de los casos expuestos, varias formas o procedimientos de contar o exponer historias variando y regulando con pulso de acero controles y des-controles, gobiernos del cuerpo del idioma. Una idea y una práctica, un oficio y una disposición de la prosa que no resultaba fácil encontrar entonces y que ahora, por el contrario, es relativamente fácil distinguir en medio de

⁴ *Alejandro Rossi ante la crítica*, selección, prólogo [itinerario] y notas de Adolfo Castañón, Monte Ávila, Venezuela, 1997, 217 pp. Incluye textos de José Bianco, Victoria Camps, Salvador Elizondo, Álvaro Mutis, Juan Nuño, Octavio Paz, Luis Villoro entre otros.

tantos brevíarios espúreos de la espuma, como si Rossi fuese el reanimador público de cierta inteligencia dispersa o agazapada bajo o entre los escritorios académicos, alrededor de los cuales —y más allá— él ha viajado tanto y tan bien.

Algo de Borges, de Arreola, por supuesto, pero también de Reyes, de Azorín y de Ortega, del prosista Octavio Paz y del narrador agazapado en Bioy y en Bianco. Ese tono entre exuberante y elegante, entre punzante y traslúcido que sentimos es el de Alejandro Rossi acaso le viene de los autores italianos (¿el prosista Eugenio Montale, Italo Svevo o Tommaso Landolfi?)⁵ o de los alemanes (con Lichtenberg a la cabeza quien fuera leído por ese teórico del acto fallido y de los lapsus o “distracciones”: Sigmund Freud). Pero estos ejercicios de comparatismo improvisado sólo servirían para sofocar con las falsas apariencias de la comprensión el hecho irreductible de que este breve y abismal libro de libros, de mil y un días portátiles, el *Manual del distraído* en tres décadas no ha perdido nada de su brillo de espejo recién cortado y seguramente, como una planta carnívora en el jardín botánico, seguirá alimentándose del enjambre que la envuelve y de las savias soterradas y táticas de su tersa, catártica estética.

IV

El *Manual del distraído* de Alejandro Rossi se planta en el campo de la historia literaria como una excéntrica y singular empresa donde conviven el ensayo, la narración, la meditación y aun la confesión. Su escritura se nutre de diversas experiencias: la filosófica, la literaria, la poética, la autobiográfica y aun la política. Esta última perspectiva parecería útil para articular un discurso razonable y razonado en torno a una obra donde se digieren y ventilan diversos nudos de la experiencia *distraída* por el autor. Una idea de la prosa supone una idea de la ciudad y de la civilidad. Por eso, el que lea y relea *Manual del distraído* no dejará de preguntarse desde qué lugar se articulan

⁵ *Aproximaciones a Alejandro Rossi*, Memoria del Coloquio celebrado en febrero de 1993, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Filosóficas, Ediciones El Equilibrista, México, 1994, 263 pp.

esas frases a la par certeras y serpentinadas. En dicho lugar se cruzan saberes e ignorancias, historias y asociaciones necesariamente urbanas y ciudadanas: la ciudadanía ahí comprometida o expuesta es, antes que la de un saber, la de una sensibilidad que se sabe y saborea...

Pero el distraído del *Manual*, más que un alma sensible, parece un genio sensitivo e ingenioso cuyos horizontes exigentes ponen y suponen una convivencia a partir del fervor de la inteligencia y por la inteligencia. No es pues el *Manual del distraído* un libro bobo ni fácil: a pesar de su amenidad y de su promesa distraída, no cede a la facilidad de la narración que encanta (aunque no se deja encantar) por el mundo de su propia fábula narrada.

Si bien Alejandro Rossi con este libro “se jubiló” por así decir, como profesor de filosofía, la voz del narrador al que nada se le escapa no ha perdido del todo la vocación docente y hay una cierta serenidad exigente en el comedimiento de este maestro desvelado por las enseñanzas indemostrables de la conversación inteligente. Una conversación literaria —por evocar al fino espíritu de Enrique Díez-Canedo— obsesiva, inmutada por dos o tres soterradas ideas fijas que revuelven una y otra vez la superficie evasiva de lo implícito y entrelineado.

V

En *Manual del distraído* resucita o se actualiza un género: la conversación, la conversación literaria que avanza como en zig-zag, retrocede, vacila, regresa y salta de un tema a otro sin otro orden aparente que el de la sensibilidad: la narración, el diario, la reflexión se funden en el acero cortante y límpido de una prosa concisa y que está decidida a zanjar ambigüedades y nieblas con su precisa combinación de tiempos sin soslayar la hirviente interioridad del lenguaje ni las claves de una vívida amargura divertida que sabe invariablemente —y acaso ése es su secreto— acompañar al otro, estar con el lector a través de una conversación tan cáustica como feliz. Esa alegría de leer apenas cumple treinta años y ya parece un texto clásico de simuladas divagaciones que hubiese estado ahí desde que se durmieron los dragones... 